

“NO SE QUEDARÁ SOLA”



SECCIÓN: JUVENIL

GÉNERO: PROSA

SEUDÓNIMO: CHLOE

“NO SE QUEDARÁ SOLA”

Anna se despierta por el ruido ensordecedor de las bombas. Es una mujer menuda, con el pelo rubio algo canoso (ya no es tan joven como antes), ojos azules (aunque esta semana están algo rojos), piel pálida y labios pequeños. Se apoya en la cama para levantarse. Siente cómo su peso se reparte entre sus piernas: parece que van a aguantar un día más. Se agacha y toca la cicatriz que cruza su pierna derecha del tobillo a la rodilla. Recorre la postilla y sus bordes irregulares. Nota su relieve y su rugosidad. Ya ha aprendido la lección: no ponerse cerca de las paredes durante los bombardeos.

A oscuras, busca a tientas su linterna de emergencia entre el desorden de su cuarto. La agarra y la enciende. Ilumina su habitación y avanza hacia el salón, donde coge una vieja mochila azul. *“Aunque fuera de día”,* piensa, *“tampoco podía entrar mucha luz”*. Le han mandado cubrir las ventanas con tablonos de madera. Se asoma a la habitación contigua a la suya y observa un bulto pequeño que hay encima de la cama, al lado de la pared. En su pecho, el corazón se le encoje. Tiene unos momentos de duda. Silenciosa, se mueve por la habitación y mete en la mochila lo necesario para salir de su casa unas horas. No coge las llaves, ya no le hacen falta.

Recorre los pasillos de su edificio y echa de menos el habitual ajeteo de las mañanas. Anna vive en un edificio de doce pisos y un sólo ascensor; pero ya nadie se pelea por cogerlo, pues pueden quedarse atrapados si cae una bomba cerca. Aunque su casa está en el segundo, no puede bajar las escaleras con su pierna malherida. Al final, decide arriesgarse y baja en el ascensor.

Pasa delante de la casa del señor Kushnir. Él ha tenido suerte, es uno de los pocos afortunados cuya casa está intacta. Vivir en el cero le ha protegido; cuando la explosión dañó la estructura del edificio, las plantas de arriba se cayeron enteras sobre las del medio. El bloque de apartamentos ha pasado de tener doce alturas a tener ocho. Kushnir es el único que queda en el edificio, aparte de ella. La mayoría de la gente salió de la ciudad en cuanto pudo y, los que no fueron afortunados, no se han quedado en sus casas por miedo a las bombas. Le han dicho varias veces que se vaya a un refugio, pero Anna sabe cuál es su sitio: debe estar en casa para cuando Yuri vuelva.

Camina a través de una ciudad vacía de la noche a la mañana. Le es difícil mantenerse consciente, no por la falta de sueño, sino de cordura. Todavía puede ver a las personas que vivían allí, como si fueran fantasmas, recuerdos del pasado; para ellas, Kiev, no era una situación estratégica, sino su casa. Si cierra los ojos, Anna todavía puede orientarse entre las calles de su ciudad, recorrer sus amplias aceras guiándose sólo con su intuición, como un sonámbulo que divaga en sueños por las noches.

Está interna en sus pensamientos, cuando una patrulla pasa cerca suyo. En el momento en el que pasan los soldados, a Anna el latido del corazón le aumenta, como si hubiera perdido la cuenta de cuántas veces debe bombear. No debe temerles, pues son tropas de su país, no enemigas; pero quizás, eso incluso empeora su rabia. Tal como el marinero se enfrenta al mar embravecido, furioso, poderoso, poseedor de una fuerza inalcanzable para él; y sabe, que no puede hacer nada, más que sentir el oleaje cernirse sobre él y empujarlo al fondo del mar y abrazar el frío abrazo de la muerte. Anna se siente impotente. Debe recordarse que no todo está perdido: tiene un propósito y sabe que lo que está buscando la ayudará.

Se obliga a dejar de mirar a los soldados. Tiene los puños apretados de forma inconsciente. *“¿Por qué Dios ha permitido que esto pasara? Debe tener un plan. Debe tenerlo”*.

Anna debe confiar: *“Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Él, que subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...”*

Los soldados no eran muy mayores, debían de tener sólo algunos años más que hijo. *“Yuri, espero que estés siendo prudente”*, piensa. Todavía, no comprende, ni aprueba su decisión de irse con el ejército a defender la frontera.

Se dirige a la parada de metro más cercana. Su destino no está muy lejos, pero no confía en que su pierna vaya a aguantar todo el camino. Conforme se va acercando, nota como la luz del amanecer se refleja en las fachadas de los edificios, al menos, en aquellos que todavía quedan en pie. A Yuri le gustaba fijarse en los edificios. Era muy observador, siempre sobresalió en la escuela; le ha encantado construir desde pequeño, por Navidad, siempre pedía los típicos juegos de piezas de madera para formar estructuras. El año siguiente iba a entrar en la universidad...

Anna llega a la parada y observa la puerta de entrada, cerrada y cubierta por unos paneles de madera. Deben de haberla clausurado... ¿o no? Un hombre con un abrigo rojo se acerca. Anna retrocede unos pasos. Lo mira con recelo. Sus músculos se tensan, en respuesta a su cerebro, que se está preparando para lo peor.

El hombre apenas le dirige una mirada. Lleva dos bolsas cargadas en sendos brazos. Baja las escaleras. Anna, sorprendida, observa cómo llama a la puerta y grita un nombre. Unos segundos después, se oye cierto movimiento en el interior. Poco a poco, retiran un panel y se abre una abertura, la justa para que pase el hombre. Parece que la van a volver a cerrar cuando se oyen voces de dentro: el hombre está hablando con más personas.

La abertura se hace más grande y una mujer sale afuera y se acerca a Anna. Dice que la red subterránea se ha transformado en un refugio seguro para la mayoría de la población, los trenes no funcionan. Pregunta si tiene algún lugar donde resguardarse. Anna miente y dice que sí, que su hijo la está esperando en casa (en cierta forma, es verdad). Con lo deteriorada que está la estructura de su edificio, Anna duda que aguante otro bombardeo, pero siente la indiferencia propia de quien no tiene nada que perder, aunque esto, tampoco es cierto del todo. La mujer responde que la mayoría de las casas, a no ser que tengan un subterráneo, no son tan seguras como el metro. No obstante, ve que Anna no va a dar su brazo a torcer y prefiere no insistir. Le desea suerte y vuelve a internarse en las profundidades de la ciudad.

Conforme se va alejando del centro, ve a algunos coches rezagados ir en dirección a la salida de la ciudad. Se apiada de ellos. Ella también quería irse, antes de que la situación estallara, pero ahora, debe quedarse en casa. Ahora, tiene una responsabilidad, no sólo con su patria, sino con Dios. Y, aún así, es tentador pensar en la posibilidad de escapar, de huir de la tragedia, como quien despierta de un mal sueño. A veces, Anna no está segura de si está en la vida real o en una pesadilla. Sus pensamientos resultan lejanos, están enredados entre sí; su mente le es confusa, como si se tratara de una maraña de hilos.

Quiere ir a un barrio que no está muy lejos, a apenas unas pocas manzanas. Ignora el dolor de su pierna y sigue caminando. Pasada media hora, la herida le arde, como si la tuviera en carne viva. Con la pierna así, no va a poder llegar tan rápido como necesita, tiene que hacer un descanso.

Entra en el parque de la rueda, en verdad, ese no es su nombre, pero a Yuri, le gustaba llamarlo así. En el centro, hay un gran parque infantil, con sus columpios, su estructura de puentes de madera unidos a unas torres y sus toboganes de metal; entre dos de las torres, cuelga un enorme neumático, el columpio favorito de Yuri. Alrededor, un camino de grava serpentea entre los falsos castaños. Anna se agacha y se sienta en un banco. No le gusta estar quieta, resultaría un blanco demasiado fácil. Se siente demasiado vulnerable, expuesta. El latido de su corazón sigue siendo apresurado, bombea la sangre con la rapidez con la que se mueve el segundero de un reloj. Los árboles no le van a servir de mucho, si una bomba cae cerca. Se le pone la piel de gallina, el banco está helado; deben de estar a menos dos grados. El frío invierno ucraniano no perdona, ni siquiera en plena guerra. Pasan unos minutos, por fin, su corazón ralentiza su ritmo. Suspira, no puede permitirse perder más tiempo. Se levanta del banco y continúa caminando.

Pasada media hora, llega a un barrio residencial. Las calles son más anchas y los bloques de pisos dejan paso a pequeñas viviendas unifamiliares. Está en una calle con adosados a los lados, que tienen pequeños jardines delante. Las bajas vallas resultan fáciles de saltar, aunque le duele la pierna al hacerlo. La puerta de entrada ya no es tan fácil. Va probando hasta que encuentra una abierta. La casa tiene una fachada pintada de gris y los marcos de las ventanas blanco. Es una construcción estrecha, con tres alturas. Anna sube las escaleras hasta llegar a una habitación de niño. Varios peluches apilados en la cama la miran con tristeza, como preguntándole por qué los han abandonado. La mujer abre los cajones de la cómoda y valora su contenido. Después, coge lo que necesita y lo mete en la mochila.

En el camino de vuelta, el dolor punzante en su pierna incrementa y Anna, debe pararse. Contempla las columnas de humo que se alzan por encima de los edificios, ensuciando el cielo azul de un día de invierno. Siente un nudo en la garganta. Durante el tiempo que está parada no ve a nadie, hasta que pasa otro grupo de soldados. Éstos la saludan y le preguntan qué hace sola, haciendo amagos de acompañarla al refugio más cercano. Anna nota cómo se tensan sus hombros, no puede perder tiempo, no puede tardar en llegar a casa... Les disuade diciéndoles que está esperando a que salga su marido de casa para irse.

Piensa en lo fácil que le resulta mentir ahora. Esos soldados eran jóvenes. Eran jóvenes con una vida, con una madre y un padre, amigos, novia, intereses y objetivos; quizás, alguno estaba ya en la universidad, o intentando entrar a ella, o trabajando. Pero todos han tenido que dejar atrás cosas para ir al ejército... Ese cuerpo oficial diseñado para defender el país, pero que les priva de tanto: a los soldados, de la oportunidad de ponerse a salvo; a sus familias, de la tranquilidad, el bienestar, la serenidad, ¡el buen juicio! ¡oh, cuánto desasosiego le causa a Anna!

Siente las rodillas tambaleantes, las piernas le fallan. Despacio, se agacha y se sienta en el suelo. Cada vez que ve a las patrullas que recorren la ciudad, el estómago se le encoge y sólo puede pensar en el momento en que se llevaron a su hijo; cómo este le había dicho que estuviera tranquila, que iba a estar bien.

Casi le había creído, parecía estar seguro de que iba a volver, de que iba a poder luchar, empuñar un arma, herir a personas; tal como le ordenaban. Pero Anna, le conocía mejor que él mismo. Y antes que matar, Yuri va a preferir que lo maten. ¡Por Dios! ¡El mundo se ha vuelto loco! ¿Qué ha hecho Anna para merecer esto? ¿Acaso no ha criado bien a su hijo? ¿Acaso no ha ido todos los domingos a la Iglesia? ¿Acaso no ha rezado como le habían enseñado desde pequeña?

Frías lágrimas recorren su rostro. Tras reunir las fuerzas suficientes, Anna reanuda la marcha. El viento resuena con fuerza en sus oídos. Oye sirenas y gritos horribles y lloros de niños. Hace cálculos, han pasado tres o cuatro horas desde que ha salido de casa. Acelera el paso todo lo que le permite su pierna.

Por fin, llega a su hogar. Corre hacia el cuarto de Yuri. La cama estaba acordonada entre la pared y la tabla de planchar, a modo de cuna. Un bebé yace en ella. Tiene una expresión serena, como si estuviera dormido. Anna respira hondo. Le preocupaba mucho que se despertara mientras ella no estaba.

“Al menos, la ausencia de luz, ha servido para que siga dormido”, piensa. Abre la cremallera de la mochila azul. Saca pañales y un biberón. Todavía le queda leche que compró antes de que empezara la pesadilla. Piensa que debe comprar más, por si acaso interceptan también el transporte de alimentos.

Nota el cuerpo helado del bebé y piensa: *“debe haberle dado frío la humedad del pañal”*.

Lo cambia y lo envuelve en uno de sus jerséis. Ayer, cuando cogió al bebé, estaba congelado; pero ella lo había recogido y había cuidado de él y, desde entonces, estaba bien. Frunce el ceño, ¿Qué estaba haciendo ayer cuando lo encontró? Había oído sus llantos y los había seguido hasta el tercer piso. En una de las viviendas, envuelto en una mantita, yacía el niño. En ese momento, Anna comprendió que Dios le había encargado una misión: cuidarlo.

Desde entonces, Anna lo ha estado protegiendo. Le dio un baño, muy necesario, pues estaba cubierto por el hollín de las paredes tras las explosiones. Lo envolvió en sus ropas y tiró la manta en la que estaba envuelto cuando lo encontró, porque estaba sucia y medio quemada. Hizo una papilla con los restos que le quedaban de fruta y se la dio de comer. También debe acordarse de comprar más fruta.

En este momento, la mujer coge al niño en brazos y lo mantiene cerca suyo, a la altura de su pecho. Lo mece suavemente. Nota su peso, tirando de ella hacia abajo. Los delgados brazos de Anna, apenas pueden con él; pesa más de lo normal para ser un bebé.

Sólo sostener al niño, un gesto tan maternal, le trae recuerdos de su hijo. Pero, por alguna razón que desconoce, no la entristece, no hace que lo eche más de menos; sino que la reconforta. Quizás, es porque le recuerda tiempos mejores: puede fingir que ese niño es su hijo, y está en casa y seguro, y Dios está con ellos, y todo está bien.

Empieza a cantarle una nana. Al niño le relaja y a ella también le ayuda a sentir paz. *“Es un niño muy bueno”*, piensa, *“pasa casi todo el tiempo dormido”*. Anna posa su dedo corazón sobre su boca. Desliza su labio inferior hacia abajo, con mucha delicadeza.

Le da leche con el biberón nuevo.

Anna no se da cuenta de cómo la leche inunda la pequeña boca del niño, se sobresale por las comisuras de los labios, gota a gota, la leche se va derramando cayendo al suelo. Anna no entiende cómo unos padres pueden haber abandonado a su niño.

Al menos, si su hijo no vuelve, no se quedará sola.

CHLOE

